

## LA EPIFANÍA DEL SEÑOR: TEMA CENTRAL DE LA ICONOGRAFÍA CRISTIANA<sup>1</sup>

Había en Listra un hombre tullido de los pies, lisiado de nacimiento y que nunca había caminado. Él escuchaba a Pablo que hablaba. Pablo fijó en él su mirada y viendo que tenía fe para ser curado, le dijo con fuerte voz: "Ponte derecho sobre tus pies". Y él dio un salto y se puso a caminar.

La gente, al verlo que Pablo había hecho, empezó a gritar en licaonio: "Los dioses han bajado hasta nosotros en figura de hombres". A Bernabé le llamaban Zeus y a Pablo, Hermes, porque era quien dirigía la palabra. El sacerdote del templo de Zeus que hay a la entrada de la ciudad, trajo toros y guirnaldas delante de las puertas y a una con la gente se disponía a sacrificar. Al oírlo los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus vestidos y se lanzaron en medio de la gente gritando: "Amigos, ¿por qué hacen esto? Nosotros somos también hombres, de igual condición que ustedes, que les predicamos que abandonen estas cosas vanas y se vuelvan al Dios viviente que hizo el cielo, la tierra, el mar y cuanto en ellos hay [...] Con estas palabras pudieron impedir a duras penas que la gente les ofreciera un sacrificio" (Hch 14,8-15.18).

¿Por qué comenzar a tratar la cuestión de la teofanía/epifanía del Señor como tema central de la iconografía cristiana con este episodio relatado en los *Hechos de los Apóstoles*? Porque estos habitantes de Licaonia, que querían ofrecer un sacrificio a Pablo y Bernabé, pensaban ser testigos de una epifanía de los dioses.

- 1 Traducción de Enrique Contreras, osb (Los Toldos) de la conferencia: *L'epifania del Signore: tema centrale dell'iconografia cristiana*, pronunciada el 17 de mayo de 1989 en el Centro Russia Ecumenica (Roma). Agradecemos a la autora la autorización para publicarla en *CuadMon*. Nuestra versión castellana fue corregida por la misma M. G. MUZZI.
2. Los textos de la Escritura los citamos, con algunas pequeñas variantes, conforme a la traducción de la *Biblia de Jerusalén*, Bruselas, Desclée de Brouwer, 1967.

Empezaremos, pues, por considerar la epifanía en el mundo antiguo y su expresión figurativa.

Pasaremos después al significado cristiano de la epifanía y a su traducción en la iconografía cristiana.

## 1. La epifanía en el mundo antiguo

El vocablo epifanía pertenece a la terminología al mismo tiempo cultural y monárquica del helenismo. "Epifanía" de un cierto dios o de un cierto soberano era una expresión corriente; incluso, en ocasiones, el término es parte integrante del apelativo de la divinidad. Se aplica a la manifestación de la divinidad en un acontecimiento histórico.

En el período helenístico, estas epifanías-manifestaciones, tanto de divinidades cuanto de soberanos son siempre benéficas. *Epipháneia* exige siempre, como correlativo sóter (salvador). La divinidad que se le aparece al iniciado (miste) colma al extático con bienes deleitables, ora para el cuerpo (curaciones, beneficios de orden natural), ora para el alma (conocimiento de verdades ocultas, participación en la felicidad del dios, deificación del iniciado).

Esta presencia de la divinidad es mucho más que una manifestación visible, es una presencia eficaz. La *epipháneia-parousía*, manifestación del mismo dios y, todavía más de su potencia salvadora, implica habitualmente para el "manifestado" los dos conceptos relacionados de gloria o triunfo y de beneficencia. El dios manifestado es glorioso, grande y salvador, auxiliador.

De estas epifanías salvíficas se conservaba cuidadosamente el recuerdo: inscripciones, crónicas especialmente destinadas al culto o reflejo de este. Eran ocasión de celebraciones anuales, cuando no más frecuentes. En Delfos se celebraba la epifanía de Apolo, llamada las "Teofanías": era la primera manifestación de este dios; el día debía corresponder al de su nacimiento. En algunos templos se recordaban de modo especial los aniversarios de liberaciones o salvaciones milagrosas.

### A) Clasificación de las teofanías antiguas<sup>3</sup>

a) Teofanía-visión: aparición de una divinidad por un tiempo limitado, habitualmente muy breve, a un solo fiel o a un número limitado de fieles. Es una teofanía-visión que permite una contemplación inmediata de Dios.

b) Teofanía-milagro: toda acción de un ser divino, dios o héroe, a través de la cual se manifiesta a los hombres en la historia, habitualmente de modo favorable (milagro).

Los testimonios sobre las teofanías pertenecen a todos los períodos y a todos los países de la civilización grieco-romana. Por todas partes había santuarios de las divinidades locales protectoras de las ciudades, santuarios de divinidades taumatúrgicas; además, se deben tener presentes los ritos de los misterios.

Naturalmente, de la traducción iconográfica de estas teofanías no nos ha quedado ningún testimonio; pero podemos deducir las características de la iconografía monárquica de los reinos helenísticos que se han inspirado directamente en aquella.

### B) Teofanías traspuestas a las religiones monárquicas

Se festejaba el día del nacimiento del rey helenístico o del emperador del Bajo Imperio y, sobre todo, el de su ascensión al trono, porque estos momentos correspondían al inicio de la revelación del dios en el príncipe.

Triunfos militares y actos de benevolencia del príncipe se pueden asimilar a las teofanías-milagros, mientras los ritos de recepción en el palacio, cuando el rey aparecía de improviso sentado inmóvil en el trono, son del orden de las teofanías-visiones.

La aparición ritual del príncipe sobre el trono, análogamente a aquella del simulacro de la divinidad en las religiones mistericas, estaba destinada a producir el mismo efecto que las visiones de divinidades. El súbdito era colocado frente a una teofanía en la persona del príncipe y esto lo hacía entrar en comunicación directa con la divinidad manifestada en ese príncipe.

3. Cf. A. GRABAR, *Martyrium. Recherche sur le culte des reliques et l'art chrétien antique*, Paris, Collège de France, 1946, II, pp. 132-156.

Estos diversos tipos de teofanías habían dado lugar a tres grandes categorías de escenas epifánicas:

a) las escenas que se refieren a los inicios de la vida del héroe o del monarca divinizado;

b) las escenas que ilustran sus intervenciones en favor de los hombres (milagros), pero también las victorias de los emperadores asimiladas a las liberaciones de los pueblos conquistados;

c) las escenas de Majestad equivalentes a las teofanías-visiones y caracterizadas por la posición frontal del monarca sentado sobre el trono y por las figuras simbólicas de su eternidad (eternidad): el sol y la luna, los signos del zodiaco:

◆ *Obelisco de Teodosio, base, Constantinopla, fines del siglo IV.*

Las apoteosis son el corolario de esta iconografía del poder divinizado; el pasaje de la tierra al cielo está acompañado por criaturas celestiales de victoria (nikè) o genios alados:

◆ *Apoteosis de Antonino y Faustina llevados por un genio alado, columna Antonina, siglo II.*

La personificación de Roma actúa de testigo. Recordamos que en todas estas escenas de teofanía-epifanía no faltan nunca uno o más testigos (en griego: *martyr*).

El testigo de las visiones (guardianes, enemigos vencidos) tiene el brazo hacia el dios aparecido y se vuelve hacia otro personaje para indicarle la teofanía. Es también la expresión plástica del acto de testimonio oficial de la apoteosis por parte de un juratôr (testigo juramentado), como lo practicaban los romanos.

Antes de pasar al concepto de epifanía propio de los cristianos, hagamos una observación final sobre la iconografía epifánica de los monarcas divinizados que nos será muy útil para lo que sigue. Como lo señala André Gabar, en el pasaje de la esfera de la divinidad a aquella del poder terreno divinizado, la iconografía religiosa epifánica había perdido algo de su carácter sagrado. Justamente este pasaje hace que los eventuales préstamos del repertorio figurativo de las divinidades mayores (ídolos), fuesen considerados como préstamos del repertorio figurativo monárquico, totalmente distinto del culto y de la iconografía de las divinidades paganas.



Obelisco de Teodosio, base, Constantinopla, fines del siglo IV.



Apoteosis de Antonino y Faustina llevados por un genio alado, columna Antonina, Roma, siglo II.

## 2. La epifanía cristiana

Veamos ahora qué resonancia tiene el término "epifanía" en el ámbito cristiano.

Este vocablo que deriva de *phainomai* es utilizado a menudo en los Salmos por los Setenta, para expresar el carácter luminoso del rostro de Yahvé sobre su pueblo. Como adjetivo el término especifica en los profetas el Día del Señor.

En el NT la palabra es propia de las epístolas paulinas; así, por ejemplo, epifanía de la parusía (2Ts 2,8); puede indicar la venida gloriosa: *Aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo* (1T 2,13); o también se refiere a la venida del Señor en la carne:

Él nos ha salvado y nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia que nos dio desde toda la eternidad en Cristo Jesús, y que se ha manifestado ahora con la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús (2Tm 1,9-10).

El uso del término "epifanía" para indicar el advenimiento de Cristo —sea de la primera como de la segunda Venida— parece que debe relacionarse en San Pablo con el culto del soberano helenístico y en particular con la ceremonia de su ingreso solemne en una ciudad. Es el *Adventus* que encuentra inmediatamente su traducción iconográfica en el Ingreso a Jerusalén<sup>4</sup>.

Pero en el NT esta palabra "epifanía" no se encuentra aislada: a ella está ligada el uso muy frecuente de todos los compuestos de la misma raíz *pháos*=luz, en particular luz del sol (*phos* es la forma contracta): *epiphánein*, *phánein*, *phaneroyn*, *emphánein*, *emphantzo*, traducidos en latín y en castellano con los verbos aparecer, manifestar, manifestarse, hacerse visible. Se ha manifestado (*epepháne*) la gracia salvadora de Dios... (1T 2,11), comienza el párrafo de la Carta a Tito recién citado. También la profesión de fe de la Primera Carta a Timoteo comienza así: *Él ha sido manifestado en la carne, justificado en el Espíritu...* (1Tm 3,16).

4. Cf. C. MOHRMANN, *Epiphania* en *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques* 36 (1953) 644-670, citado por J. LEMARIE, art. *Epiphanie* en *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 4, Paris 1960, col: 865.

Estos verbos aparecen frecuentemente en los Evangelios: en particular, en San Mateo, donde poseen un significado más concreto referido a las apariciones angélicas ligadas a los inicios de la vida de Cristo, hasta la aparición del signo del Hijo del hombre (Mt 24,30); y en San Juan con un significado que resalta más la autorrevelación de Dios en Cristo; así en Caná, Jesús *manifestó su gloria*, y creyeron en él sus discípulos (Jn 2,11). En el caso del ciego de nacimiento: *Ni él pecó ni sus padres; es para que en él se manifiesten las obras de Dios* (Jn 9,3). Por la relación con el discípulo: *El que me ame, será amado por mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él* (Jn 14,21). Y la afirmación sintética en la Primera Carta del mismo Apóstol:

*La Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y se la anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y que se nos manifestó* (1Jn 1,2).

La proclamación de la automanifestación salvífica de Dios, la cual en términos humanos no puede traducirse más que con un hacerse visible a través de una iluminación —la única capaz de manifestar el objeto— es el corazón mismo del mensaje cristiano. Como lo explica San Pablo: *Todo lo que queda manifiesto es luz* (Ef 5,14). Automanifestación de Dios, luz y vida forman una unidad inseparable. Las encontramos así al inicio de la historia: *En el Verbo estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron*<sup>5</sup> (Jn 1,4-5); como también en la recapitulación final, cuando dejará de existir la noche y no tendrán necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará (*hará luz sobre ellos*) y reinarán por los siglos de los siglos (Ap 22,5).

Además, sabemos que el bautismo era llamado *photismós*, "iluminación", y que el tema de la luz está presente en los más antiguos himnos litúrgicos bautismales o pascuales: *Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo* (Ef 5,14).

Si no resuena dentro de nosotros este anuncio repetido de la automanifestación de Dios en Cristo —manifestación que es un iluminarse de algo que antes estaba oculto, una luz que cae de lo alto—, no podemos ponernos en sintonía con la experiencia espi-

5. Esta es la traducción que adopta la autora en el original. Otra versión: *Y las tinieblas no la vencieron.*

ritual de los primeros siglos-cristianos, experiencia que no sigue un camino autónomo, sino que está en conexión directa con las exigencias espirituales del ambiente circundante. En consecuencia, no podemos dejar de recoger los motivos más profundos que guían la configuración de la expresión figurativa cristiana.

Es necesario tomar conciencia de algunos hechos.

#### A. La visión como fuente de salvación

Ante todo, el deseo casi "espasmódico" experimentado por la Antigüedad, en su declinación, de una experiencia iluminativa que le permitiese al individuo "ver" a Dios y así salvarse.

¿Por qué se le reconocía tal importancia al (hecho de) "ver"? Porque la visión es del orden de la presencia, en particular la presencia del Ser divino que se revela como existente.

El valor de la experiencia descrita por Platón en el *Banquete* (212a) es reconocida por toda la Antigüedad: el ser se revela de improviso como viviente, existente, presente:

Llegado a uno de los principios formales que se llama Bueno, Bello y Uno, cuando he despojado al objeto de todo lo que podría ser una representación sensible o intelectual, de improviso, no por un esfuerzo del pensamiento sino gracias a una experiencia que supera el entendimiento, yo lo veo, es decir, lo siento como existente, como presente, por un contacto inefable<sup>6</sup>.

Y el sentimiento de esta presencia provoca una alegría total que es extática, es decir, que hace salir de sí mismo para adherirse al Ser en un movimiento que es amor. Y este amor es transformante. He aquí porque la visión-contemplación anticipa el estado de beatitud, que es justamente la salvación deseada.

Así, Plotino puede decir: "Cada alma es y deviene lo que ella misma contempla". San Juan antes que él había afirmado: *Nosotros seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es (1Jn 3,2)*.

- 
6. Citado por A.J. FESTUGIÈRE, *Contemplation et vie contemplative selon Platon*, Paris, 1936, p. 262.
  7. *Enéada* IV,3,8,15; trad. de J.A. MÍGUEZ en Plotino, *Enéada Cuarta*, Buenos Aires, Ed. Aguilar, 1966, p.69 (Biblioteca de Iniciación Filosófica, 106).

### B. *La experiencia de hierofanías*

El segundo hecho, de carácter aún más general, es que la experiencia de hierofanías (manifestaciones de lo sagrado) es una categoría primaria, constitutiva de lo humano en su dimensión religiosa. Ahora bien, los cristianos proclamaban que Dios se manifestó en la persona histórica de Jesucristo.

Así, en las "vinajeras" (*ampolle*), palestinenses la inscripción más frecuente es: Emmanuel, Dios con nosotros.

♦ *La Adoración de los Magos, "aceitera" (ampolla) de Monza* 1 (recto), siglo VI.

La novedad del Evangelio es la presencia histórica de Dios en medio de los hombres. También los Padres de la Iglesia retoman continuamente el tema de la manifestación-teofanía de Dios "que se ha realizado para nosotros en la carne", como dice Gregorio de Nisa. Y vale la pena citar todo el párrafo:

La que ha llegado a un tal grado de perfección, puesto que debía mostrar también a las jovencitas la belleza del esposo, no dice aquello que él era al inicio (y no hubiera sido posible manifestar con la fuerza de las palabras lo que era inexpresable), sino que conduce a las jovencitas a la teofanía de Dios, que se ha realizado para nosotros en la carne. Hizo lo mismo también el gran Juan, que no dijo qué cosa fuese Cristo al principio, sino que contó con precisión "aquello que vimos y escuchamos, lo que nuestras manos tocaron a propósito de la palabra de la verdad" (*Jn 1,1*)<sup>8</sup>.

Es muy significativo que después de tantos siglos la Iglesia se exprese en los mismos términos:

La actividad misionera es, en última instancia, la manifestación del propósito de Dios o epifanía y su realización en el mundo y en la historia, en la que Dios, por medio de la misión, perfecciona de forma manifiesta la historia de la salvación<sup>9</sup>.

Es interesante releer lo que escribía hace cuarenta años Mircea Eliade en su *Tratado de Historia de las Religiones*:

Se podría intentar salvar, dentro de la perspectiva del cristianismo, las hierofanías que precedieron al milagro de la encarnación, con-

8. *Homilía XIII sobre el Cantar de los Cantares.*

9. *Ad Gentes* 9 (=Concilio Vaticano II, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia; 7.12.1965); traducción en *Concilio Vaticano II, Constituciones. Decretos. Declaraciones*, Madrid, BAC 252, 1966, p.581.

siderándolas como prefiguraciones de dicha encarnación. Por consiguiente lejos de considerar las modalidades "pálgamas" de lo sagrado (fetiches, ídolos, etc.) como etapas aberrantes y degeneradas del sentimiento religioso de una humanidad degradada por el pecado, podrían interpretarse como tentativas desesperadas de prefigurar el misterio de la encarnación. La vida religiosa entera de la humanidad —vida religiosa expresada por la dialéctica de las hierofanías— no sería, desde este punto de vista, sino una expectación de Cristo<sup>10</sup>.

Como es sabido, este modo de ver fue recibido en el decreto conciliar *Ad Gentes*:

Cuanto de verdad y de gracia se encontraba ya entre las naciones, como por una cuasi secreta presencia de Dios, lo libera de contagios malignos y lo restituye a su Autor, Cristo, el cual derroca el imperio del diablo y aleja la multiforme maldad de los pecados. Así, pues, cuanto de bueno se halla sembrado en el corazón y en la mente de los hombres o en los ritos y culturas propios de los pueblos, no solamente no perece, sino que es purificado, elevado y consumado para gloria de Dios, confusión del demonio y felicidad del hombre<sup>11</sup>.

### C. *La existencia de la categoría de "visión" en el Antiguo Testamento*

En un bellissimo artículo dedicado a *La experiencia de Dios en el Antiguo Testamento*<sup>12</sup>, Giovanni Helewa considera la "verdadera y auténtica experiencia de Dios" vivida por los profetas en el momento de su llamada, y observa que "la Palabra dirigida al elegido y el llamado que se le hace personalmente, están habitualmente relacionados con el hecho, también extraordinario, de una "visión". Una "audición" y una "visión" en la novedad de un único encuentro con el Señor, ambas recibidas y percibidas con inequívoca certeza"<sup>13</sup>.

Es cierto, señala G. Helewa, que la "visión" no es un fin en sí misma, sino que siempre tiene una orientación "ministerial", es de-

10. Traducción de A. MEDINAVETIA; Madrid, Ed. Cristiandad, 1974, tomo I, pp. 54-55, nota 2 (Col. Epifanía, 7). La versión fue realizada a partir de la sexta edición francesa: *Traité d'histoire des religions*, Paris, 1970.

11. *Ad Gentes* 9; trad. citada, pp. 581-582.

12. G. HELEWA, *L'esperienza di Dio nell'Antico Testamento*, en AA.VV., *La mistica. Fenomenologia e riflessione teologica*, Roma, Città Nuova, 1984, vol. I, p. 117-180.

13. o.c., p. 124.

cir, sirve para captar mejor el sentido y el alcance de la Palabra divina escuchada, que es una llamada-envío. Sin embargo, una vez establecido este primado de la Palabra, permanece el hecho del extraordinario impacto psicológico y afectivo de la "visión" en el evento de la llamada.

¿Pero a qué se debe este "más" de la visión? Escuchemos a Dionisio Areópagita:

El amor de Dios, por el hombre ha puesto en torno a las cosas inteligibles un velo sensible, a las cosas suprasustanciales un velo sustancial, y ha atribuido forma y figuras a las cosas privadas de forma y de figura, y ha multiplicado y ha compuesto la simplicidad suprema y carente de figura en la variedad de símbolos distinguibles<sup>14</sup>.

#### D. La Revelación cristiana como respuesta

Usando una imagen, se podría decir que la respuesta de la Revelación cristiana viene a llenar con un contenido objetivo el gran recipiente de la espera. Y como el mensaje evangélico gira en torno a la figura de Cristo, epifanía salvífica del Padre, así la iconografía cristiana desde su nacimiento está llamada a expresar tal concepto primario, ayudada en esto por la existencia de un léxico iconográfico específico que ella adapta libremente, de modo creativo, pero que no está obligada a inventar *ex novo* sino sólo en parte, como veremos después.

Mientras que no sería posible sostener que la preexistencia de una iconografía religiosa epifánica haya influenciado las opciones iconográficas cristianas, se puede decir, en cambio, que sobre todo a partir del momento en que la posibilidad de erigir iglesias y decorarlas permitía y exigía la creación de una gran variedad de

14. *Los nombres de Dios* I,4; PG 3,592B. [He respetado la versión italiana del texto del Pseudo Dionisio de la autora del artículo. En la versión de T. H. MARTÍN se lee: "Pero como nosotros entendemos a través de los sentidos, según nuestra capacidad, el amor que Dios nos tiene envuelve lo inteligible en lo sensible. Reviste con velos sagrados (=los símbolos litúrgicos) la divina palabra y las tradiciones jerárquicas (=liturgia). Asimismo está lo suprasustancial, ceñido a la sustancia de las cosas. Las formas y figuras rodean lo invisible; multiplican y materializan (en variedades de signos divididos lo que es sobrenatural simplicidad"; *Obras Completas del Pseudo Dionisio Areopagita*, Madrid, 1990, p.273 (BAC 511). (N. del T.)

módulos iconográficos, los cristianos utilizaron la iconografía epifánica existente en la medida en que esta podía proveer un léxico simbólico, de valor universal, de las manifestaciones del mundo sobrenatural a los hombres.

En síntesis, el objeto de la iconografía cristiana consiste en:

1) representar la Epifanía salvífica de Dios en Cristo atestiguada por los testigos oculares (de donde se sigue la importancia de los mártires-testigos entendidos sea como testigos *animados*: los apóstoles; la Madre de Dios, los personajes de la infancia de Cristo y luego aquellos que con el testimonio del don de la vida por la fe son equiparados a los testigos oculares; sea como testigos *inanimados*: los Lugares Santos de la vida de Cristo);

2) un lenguaje simbólico de la manifestación del mundo sobrenatural a los hombres, que facilite la experiencia personal de la contemplación-presencia.

### **3. Los más antiguos ciclos iconográficos de la vida del Señor Jesús**

Consideraremos ahora, a vuelo de pájaro, la iconografía cristiana en el momento en que toma forma (es decir, en los primeros cinco-seis siglos). Al hacer esto nos detendremos sobre todo en la iconografía de la vida de Cristo, dejando de lado aquella sobre la persona misma del Señor.

Cuando se examinan las representaciones de la vida de Cristo no es difícil constatar que existen tres grandes grupos de escenas:

- 1) aquellas que atañen a los inicios de su manifestación a los hombres, desde los anuncios de su nacimiento hasta el Bautismo;
- 2) las que manifiestan su poder divino: los milagros;
- 3) aquellas que se refieren a su glorificación.

Se advierte la analogía con cuanto ya se dijo sobre la iconografía epifánica utilizada en la cultura de la época.

A) *Las teofanías de Cristo en el ciclo de la infancia*

Explica Grabar que habitualmente, hablando del particular desarrollo experimentado por las imágenes consagradas a los episodios que representan la vida terrena de Jesús, se atribuye su éxito al influjo de los evangelios apócrifos y a la tendencia común de los creyentes de conmoverse frente a los episodios familiares sacados de la vida del Niño divino. Pero lo que, tal vez, es exacto para otros períodos del arte cristiano, no lo es para la Antigüedad.

En efecto, las imágenes relativas a la Infancia, incluso cuando se puedan reconocer los préstamos tomados de los apócrifos, no se muestran para nada interesadas por los episodios conmovedores y familiares. Por todas partes se trata de la misma selección de escenas en las que es fácil observar, junto a una tendencia evidente a subrayar el papel de la Virgen, testigo de la Encarnación, la ausencia completa de detalles sentimentales o pintorescos. En estos ciclos abundan, en cambio, las apariciones de ángeles, esto es, las visiones sobrenaturales que caracterizan las epifanías; y aquel signo teofánico por excelencia que es la estrella; en líneas generales, todas las imágenes tienen el valor de testimonios de la intervención divina en el nacimiento del Niño<sup>15</sup>:

— el nacimiento del Niño es anunciado por mensajeros, de Dios: anuncios a María, a José, a los pastores, a los magos; anuncio a Zacarías, padre de Juan Bautista:

◆ *Anuncio a María*, mosaico, arco triunfal, Sta. Maria Maggiore, Roma, primera mitad del siglo V (432-440).

◆ *Anuncio a José*, *idem*.

◆ *Anuncio a Zacarías*, códice de Rabula, Siria, siglo VI.

— La teofanía-epifanía es reconocida por San Juan Bautista en el seno de su madre Isabel, por los pastores, por la estrella, por los magos, por Simeón y Ana en el templo. Todos estos son testigos (mártires):

◆ *Adoración de los Magos*, sarcófago, Museo Pio Cristiano, Roma, mitad del siglo IV.

Observar el tamaño desproporcionado de la estrella.

15. Cf. A. GRABAR, *Martyrium II*, pp.236ss.

Un célebre, antiquísimo texto de Ignacio de Antioquía nos puede ayudar a intuir qué tremenda fuerza sugestiva tenían en el mundo de la época los signos reconocidos como teofánicos, y en particular la estrella:

Y quedó oculta al príncipe de este mundo la virginidad de María y su parto. Asimismo, la muerte del Señor. Tres misterios clamorosos que tuvieron lugar en el silencio de Dios. ¿Cómo, pues, se manifestaron al mundo? Un astro brilló en el cielo por encima de todos los astros; y su luz era inefable. Su novedad produjo extrañeza, y todos los demás astros, junto con el sol y la luna, hicieron coro al astro [nuevo]. Él, sin embargo, vencía con su luz a todos. Y había turbación, de dónde [podía nacer] la novedad desemejante a ellos. De ahí vino a deshacerse toda magia y a borrarse todo vínculo de malicia. Fue eliminada la ignorancia, y, en manifestándose Dios humanamente para novedad de vida eterna, se deshizo el reino antiguo y tomaba comienzo lo que Dios había preparado. Por eso se conmovían todas las cosas, porque se estaba tramando la abolición de la muerte<sup>16</sup>.

◆ *Presentación en el templo, mosaico, arco triunfal, Sta. Maria Maggiore, Roma.*

— Desde la infancia el Niño, como también San Juan Bautista, es protegido: nuevo anuncio a José, fuga y salvación de Isabel con su pequeño, los magos conducidos por la estrella y que evitan a Herodes.

— La única escena que parecería ser de "carácter anecdótico" es precisamente aquella en la que se manifiesta más claramente el tema teofánico del *adventus*, la huida a Egipto.

◆ *Encuentro con Heliodoro, mosaico, arco triunfal, Sta. Maria Maggiore.*

Heliodoro, o Egipto personificado, recibe y reconoce en el Niño Jesús al Señor y de esta forma también él es testigo.

Es significativo que todos los acontecimientos que marcan los inicios de la Encarnación fueran conmemorados como formando parte de un mismo ciclo. Esto ha podido suceder porque el lenguaje del tiempo y la noción religiosa que presuponía, ya incluían muchos aspectos diferentes, pero consagrados, de un mismo fenómeno: la manifestación (epifanía o teofanía) de la divinidad a los hombres.

16. *Carta a los Efesios 19*; traducción de J.J. AYAN CALVO, en *Ignacio de Antioquía, Cartas. Policarpo de Esmirna, Carta. Carta de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomelia*, Madrid, Ed. Ciudad Nueva, 1991, pp.123-125 (Col.Fuentes Patrísticas,1).



Anuncio a María.  
Arco triunfal de  
Santa María Maggiore.

Adoración de los Magos, sarcófago, Museo Pio Cristiano,  
Roma, mitad del siglo IV.



Presentación en el templo. Arco triunfal de Santa' Maria Maggiore.



### B) El ciclo de los milagros

Una explicación semejante vale también para el ciclo de los milagros. Siguiendo siempre la enseñanza de Grabar, observamos que no se comprendería, en efecto, cómo se pudo llegar a celebrar el triunfo de Cristo con escenas de la infancia por una parte, y con los milagros, por otra (sin ninguna referencia directa a la victoria sobre la muerte), si no se supiese que el tema de la epifanía estaba tradicionalmente ligado a estas dos categorías de acontecimientos, de los cuales unos mostraban "los primeros signos" de la presencia de Dios en la tierra, y los otros, "los primeros signos" de su poder durante su permanencia en la tierra<sup>17</sup>.

El valor teofánico-epifánico de los milagros de Cristo es claramente afirmado por los Padres. Así, San Cirilo de Jerusalén: "En cuanto Dios, Él alimentó a cinco mil con cinco panes... en cuanto Dios, Él resucitaba al que estaba muerto desde hacía cuatros días... en cuanto Dios, caminaba sobre las aguas"... (Cirilo de Jerusalén). Y, de hecho, los milagros de la multiplicación de los panes, de la resurrección de Lázaro y de Cristo que camina sobre las aguas fueron representados a menudo en el arte cristiano más arcaico: en ellos se reconocían teofanías.

◆ *Multiplicación de los panes*, Santos Pedro y Marcelino, siglo III.

◆ *Resurrección de Lázaro*, Priscila, Capilla Griega, siglo III.

◆ *Cristo que camina sobre las aguas*, vinajera (*ampolla*) de Bobbio, siglo VI. Esta escena ya se encuentra representada en el bautisterio de Doura (hacia el 230).

El mismo valor teofánico tenían las curaciones-tipo:

◆ *El parálitico*, Santos Pedro y Marcelino siglo III.

◆ *El ciego de nacimiento*, Priscila, siglo III.

◆ *La hemorróica*, Santos Pedro y Marcelino, siglo III.

Al igual que para las escenas de la infancia, también para los milagros se forma un ciclo más o menos fijo.

17. Cf. A. GRABAR, *Martyrium II*, p.246.



La hemorroïsa, Santos Pedro y Marcelino, siglo III.

C) *El ciclo de la glorificación*

Se caracteriza por los "préstamos" tomados a las imágenes de epifanías triunfales: el adventus, la corona y la coronación, el trono, la apoteosis, la estrella, la delegación del poder.

◆ *El ingreso en Jerusalén, sarcófago de Junio Basso, Vaticano, año 359.*

◆ *Cruz con trofeo, sarcófago, Museo Pio Cristiano, siglo IV.*

◆ *La ascensión, códice de Rabula, de origen sirio, siglo VI.*  
Típica composición teofánica en dos niveles que coloca la figura divina afuera y por encima de la realidad terrena.

◆ *Traditio legis (entrega de la ley), sarcófago de Junio Basso.*  
La entrega de la ley es una manifestación del señorío de Cristo. Además, Cristo es representado sentado con los pies apoyados sobre la personificación del Cielo, como Cosmocrátor.

◆ *El Redentor en el trono entre cuatro ángeles, S. Apollinare Nuovo, Ravena, siglo VI.*



Ingreso en Jerusalén, sarcófago de Junio Basso.



Traditio legis (entrega de la ley), sarcófago de Junio Basso.



El Redentor en el trono entre cuatro ángeles, S. Apollinare Nuovo, Ravena, siglo VI.

**Conclusión:** la mirada que hemos dirigido sobre los tres ciclos epifánicos de la infancia, de los milagros, de la glorificación, nos permite hacer dos consideraciones:

1) Es natural que se haga una distinción entre escenas epifánicas (que luego coincidirán con las fiestas litúrgicas del Señor) y escenas narrativas. Una distinción muy importante para comprender la evolución de la iconografía cristiana.

2) Ciertamente comprobamos que, en estas escenas epifánicas falta por completo lo que se refiere al evento histórico que fundamenta la salvación en Cristo, es decir, el sacrificio de la Cruz.

#### 4. El ciclo de la Pasión

Sin embargo, después de lo que hemos explicado, será más fácil comprender que justamente la falta de precedentes iconográficos, explica por qué la escena de la Crucifixión aparece en el repertorio figurativo cristiano sólo en un segundo momento (desde fines del siglo-IV): no tanto en virtud del carácter escandaloso e infamante de este tipo de suplicio, cuanto por la tendencia generalmente conservadora de la iconografía religiosa. En realidad, solamente el impulso de increíble amplitud debido al hallazgo y veneración de los Lugares Santos de Palestina, y en particular al culto de las reliquias de la Cruz, se reveló en grado de sostener el proceso creativo de una iconografía de la Pasión; la cual después, como todos los otros módulos iconográficos que se refieren a la persona y a la vida de Cristo, asumió a su vez, desde el principio, connotaciones teofánicas.

◆ *Crucifixión*, panel de la puerta de madera de Santa Sabina, Roma, primera mitad del siglo V.

◆ *Crucifixión*, pintura al fresco, Sta. Maria, Antiqua, Roma, siglo VIII.

El cuerpo atlético de Cristo crucificado es representado en una posición erguida, para nada afectado por el sufrimiento. Con frecuencia está vestido con una túnica pequeña sin mangas (el *colobium*); ya está muerto, porque de su costado traspasado brotan sangre y agua, pero sus ojos abiertos son los que nunca se cierran, de Aquél que es el Viviente. Y es así que, prescindiendo del con-

texto objetivamente brutal y cruento de la escena, los artistas cristianos la representan (a la crucifixión) como una teofanía de Cristo Señor; expresan simbólicamente la verdad confesada por la Iglesia de las dos naturalezas —humana y divina— de la persona del Logos encarnado: Cristo sobre la cruz ha muerto verdaderamente como hombre, pero está vivo en tanto que Dios.

Como lo ha puesto de manifiesto con agudeza A. Grillmeier, la creencia común difundida en el mundo de la época de que el león duerme con los ojos abiertos, relacionándose a la identificación de Cristo con el León de Judá (ver Ap 5,5), debía facilitar la comprensión del mensaje teofánico contenido en esta imagen:

Cuando el león duerme en su cueva, sus ojos vigilan porque están abiertos, como atestigua Salomón en el *Cantar*, diciendo: *Yo duermo, pero mi corazón vigila* (Ct 5,2). Así, el cuerpo de mi Señor duerme sobre la Cruz, pero su divinidad vigila a la derecha del Padre. En efecto; *no reposará, no se dormirá, el guardián de Israel* (Sl 121,4)<sup>18</sup>.

Si dirigimos una mirada retrospectiva a todas estas imágenes cristianas, que casi nunca son posteriores al siglo VI, podemos hacer una observación general respecto al tipo de simbolismo epifánico que las caracteriza: en las imágenes más antiguas (dicho simbolismo) aparece más relacionado a los esquemas iconográficos —entendidos como una suma de indicaciones simbólicas relativas a la composición en su conjunto o en sus aspectos particulares— y no a un verdadero y propio lenguaje global. Esto se explica, bien porque el léxico iconográfico reservado a las teofanías ya existía y se podía adaptar fácilmente e integrar con los datos de la Revelación cristiana, bien porque la elaboración de una nueva estética en función de la concepción del mundo cristiano exigía un largo período de tiempo.

Es un mérito primario del cristianismo bizantino, que absorbió y reinterpretó la iconografía epifánica del Asia Menor, recibida a través de la mediación del arte oficial romano, haber creado un

18. Del *Physiologus* citado en A. GRILLMEIER, *Der Logos am Kreuz*, München, 1956, p.84. [El *Fisiólogo* (*Physiologos*), es el título de diversas antologías de preguntas y respuestas sobre *mirabilia* de ciencias naturales; probablemente incluía imágenes en muchas de sus ediciones (griego, latín, lenguas orientales). Las respuestas las daba un personaje llamado *Physiologos*, es decir, Aristóteles, pero básicamente la obra era anónima. La composición más antigua se remonta, tal vez, al siglo III (o segundo según otros especialistas), y se le asigna un origen alejandrino, aunque la cuestión es discutida. N. del T.]

lenguaje simbólico global (un estilo) para expresar aquella epifanía de lo divino en lo sensible; que es el contenido del Misterio cristiano, y abrir hacia ella los ojos del espíritu del que contempla.

### 5. El lenguaje simbólico teofánico de la iconografía cristiana

Como pudimos entrever al inicio, hablando de la iconografía teofánica imperial y de su evolución, este lenguaje simbólico de la Epifanía salvífica del Señor se caracteriza por:

— la inmovilidad, como signo de la alteridad de Dios (ver *El Redentor en el trono en S. Apollinare Nuovo*); o la absorción del movimiento terreno en la inmovilidad celestial como signo de la participación humana en la realidad divina;

— la anulación de los volúmenes como signo de espiritualización:

◆ *Procesión de los santos mártires*, mosaico, S. Apollinare Nuovo, Ravena, siglo VI.

— La importancia de la mirada.

— La función simbólica atribuida al color.

— El papel fundamental de la luz como símbolo supremo de la manifestación del mundo celestial: a la característica "efusiva" de la luz está ligada la ausencia de profundidad (uso del oro —perspectiva inversa).

◆ *Pantocrátor*, mosaico, cúpula, Karie Djami, Estambul, siglo XIV.

Pero, como ya lo hemos comprendido, puesto que la iconografía cristiana auténtica es esencialmente epifánica, ella permanece así incluso cuando culturas diversas forjen un lenguaje simbólico en parte diverso del bizantino. Decimos "en parte" porque hay estructuras y elementos simbólicos fundamentales que permanecen invariados.





Crucifixión, arco del Presbiterio (a la izquierda se ve la reconstrucción de la pintura original), Santa María Antiqua, Roma.



Pantocrátor, mosaico, cúpula, Karie Djami, Estambul, siglo XIV.

*¿Dónde tiene lugar la epifanía del mundo espiritual?*

Antes de terminar debemos hacernos una pregunta fundamental para nosotros: ¿dónde tiene lugar esa epifanía del mundo espiritual que, en cierto modo, nos desconcierta cuando miramos estas obras? En otras palabras, ¿dónde se sitúa la eficacia del símbolo?

Partiendo de la experiencia vital, comprometedora del lenguaje simbólico, es necesario constatar ante todo lo que explica con claridad Ricoeur:

A diferencia de una comparación que consideramos desde fuera, el símbolo es el movimiento mismo del sentido primario que nos hace participar en él sentido latente y así nos identifica al simbolizado, sin que podamos dominar intelectualmente la semejanza<sup>19</sup>.

El paso sucesivo ya se da por descontado: porque la característica del símbolo es hacer pasar inmediatamente, sin la posibilidad de tomar distancia, del contenido primario al contenido segundo, su eficacia no está contenida en él de modo independiente respecto del movimiento interior que genera, sino que es su puerta de salida connatural. En otros términos, el símbolo no posee existencia propia, sino que es siempre pasaje, movimiento hacia, dinamismo.

La epifanía acontece, por tanto, en el espectador, en nosotros, al final de este movimiento.

El lenguaje simbólico presupone que se pase de la primera visión —que es la del artista cristiano que vive personalmente el dato de la fe— como visión interior y la expresa simbólicamente en su obra— a la segunda, que es la del espectador.

Llevado por el movimiento generado por el símbolo, el espectador llega a una nueva personal visión interior, que depende tanto de la calidad y de la intensidad del movimiento impreso por el símbolo, cuanto de su vida espiritual. En la medida que los valores espirituales y el Misterio de la fe son vividos intensamente, tanto más la visión interior suscitada será rica y generadora de sabiduría interior.

19. *Finitude et culpabilité*, París, Aubier, t.II, *La symbolique du mal*, p.22, citado por CH.A.BERNARD, *La teología simbólica*, Roma, Ed. Paoline, 1964; p.141.

La contemplación de un icono cristiano requiere la presencia simultánea de un doble movimiento espiritual: por una parte, una consonancia interior que precede al reconocimiento de la imagen epifánica y es el fruto de la contemplación del Misterio de la fe. De este proceso hallamos una bellísima descripción en Plotino:

Es necesario, ante todo, que el ojo que ve se haga afín y parecido al objeto visto en beneficio de la contemplación. Jamás un ojo vería el sol de no haberse hecho de alguna manera semejante al sol, ni un alma vería lo bello si ella misma no se hiciese bella. Que todo ser se haga, pues, en primer lugar, semejante a Dios y bello si quiere contemplar a Dios y a lo Bello<sup>20</sup>.

Por otra parte, (exige) una continua disponibilidad interior para salir de sí y tender hacia el encuentro con Aquél que se autorevela como Luz de salvación:

De aquel que contempla, se puede decir que es como si estuviese en pie junto a aquella fuente de la cual la Escritura dice que brotó (agua) de la tierra en los comienzos, con tal abundancia que el mundo entero era regado por ella. Aquel que se aproxima a la fuente admirará esta agua infinita que no cesa de manar y derramarse, pero nunca podrá decir que ha visto toda el agua: ¿cómo podría ver la que todavía está oculta en el seno de la tierra? Así, pues, mientras permanezca cerca de la fuente que mana, siempre se encontrará en los comienzos de su contemplación del agua.

Lo mismo sucede con quien contempla la belleza divina iluminada: lo que descubre se le revela incesantemente como totalmente nuevo y no deja nunca de desear más, pues aquello que espera es aún más magnífico y más divino que lo que ha visto<sup>21</sup>.

Roma

MARIA GIOVANNA MUZI

- 
20. *Enéada* 1,6,9; trad. de J.A. MÍGUEZ en *Plotino, Enéada Primera*, Buenos Aires, Ed. Aguilar, 1960, p.116 (Biblioteca de Iniciación Filosófica, 38).
21. GREGORIO DE NISA, *Homilía XI sobre el Cantar*, PG 44,1000AB.